

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
FRANCISCO DE
BORJA PAVÓN
VI

ACADÉMICOS en el recuerdo 6

M. VENTURA
COORDINADOR



2022

ACADÉMICOS en el recuerdo

6



Coordinador:
Miguel Ventura Gracia

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

Colección *Francisco de Borja Pavón*

ACADÉMICOS en el recuerdo 6

Coordinador:
Miguel Ventura Gracia

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CÓRDOBA

2022

ACADÉMICOS EN EL RECUERDO - 6
Colección *Francisco de Borja Pavón*

Coordinador:
Miguel Ventura Gracia, académico numerario

Portada: Fotografía de Luis Bedmar Encinas

© Real Academia de Córdoba
© Los Autores

ISBN: 978-84-126734-7-0
Dep. Legal: CO 2149-2022

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com – Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.



**FRANCISCO MARCHESI BUTLER (1850-1925),
MILITAR Y PINTOR**

por

JOSÉ MARÍA PALENCIA CEREZO
Académico Numerario

Francisco Marchesi Butler. *Autorretrato*. Hacia 1875-80. Colección particular.

PALENCIA CEREZO, José María. Francisco Marchesi Butler (1850-1925), militar y pintor. 31-47.

No se disponen de muchos datos de primera mano para biografar a Francisco Marchesi Butler, militar y pintor aficionado, que jugó un papel suficientemente relevante en nuestra Academia durante el primer cuarto del siglo XX.

Sabemos que había nacido el 23 de marzo de 1850 en Madrid, en el seno de una importante familia española, tal y como atestigua el hecho de que sus padrinos de boda fuesen la reina Isabel II y su marido Francisco de Asís. Ello fue debido, sin duda, a la influencia de su padre, don José Marchesi Oleaga, del que, por el contrario, su biografía sí está nítidamente trazada en cuanto a su relevante trayectoria militar, que tuvo una repercusión decisiva en la vida de todos sus hijos.



José María Marchesi Oleaga,
su padre

No son pocas las distinciones militares que pesan sobre don José María Marchesi Oleaga (Madrid, 1801 – 1882). Entre ellas las de teniente general, director general de Caballería, director del Colegio y Escuela General de Caballería, ministro de la guerra, gobernador capitán general de Puerto Rico, general en jefe del Quinto Ejército y presidente del Consejo Supremo de la Guerra, gentil hombre de cámara con ejercicio, Cruz 2ª Clase Laureada de la Real y Militar Orden de San Fernando, caballero de la Gran Cruz de la Orden de Carlos III, caballero de la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, caballero

de la Gran Cruz de la Orden de San Hermenegildo, Cruz 1ª clase de la Orden de San Fernando, caballero de la Legión de Honor de Francia,

caballero de la Orden Imperial de San Estanislao de Rusia, y comendador de la Orden del León Neerlandés de los Países Bajos.

Fueron sus abuelos —tatarabuelos de nuestro biografiado—, por la parte paterna, Fulbio Marchesi —o Marchesi—, natural de Módena (Italia), donde se registra su fallecimiento en 1757, casado con Felicitas Parrusi, originaria de la misma ciudad, donde falleció en 1771; y por la parte materna, Joaquín Oleaga, natural de Bilbao, cuya esposa fue Margarita Ignacia Migueles, nacida ésta en Valladolid.

Según esto, fueron sus padres Luis Marchesi Parussi, también nacido en Módena, y Rita Oleaga y Migueles, ésta natural de Bilbao. Casi con completa seguridad, debió de haber sido durante esta segunda generación, cuando, refiriéndonos al campo del arte, puede decirse aquello de que al galgo le vino la casta, pues el abuelo de don Francisco - segundo hijo del matrimonio - militó en la compañía italiana del real Cuerpo de Guardias de Corps, alcanzando el grado de general de brigada de Caballería, actividad que compaginó con el ejercicio ocasional de la pintura. Buena ciudad ésta para aprender el ejercicio de la pintura, como cuna de grandes pintores. Así, podríamos referirnos a Giovanni di Pietro Faloppi, a Tommaso Barisini, o Francesco Battaglioli, artista que, en 1754, fue llamado a Madrid por Fernando VI para pintar los paisajes de los Palacios Reales de Aranjuez y Madrid en sustitución de Antonio Joli, que había sido reclamado por Carlos III para trabajar en Nápoles, colaborando con Farinelli y Pietro Metastasio en la creación de los decorados para muchas representaciones melodramáticas, algunos de los cuales se conservan en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. No obstante, sus modelos más cercanos debieron ser pintores como Giovanni Muzzioli (1854 – 1894), o Gaetano Bellei (1857 – 1922), que representan lo mejor del academismo romántico en la Módena de aquel tiempo.

Desconocemos cuáles fueron las circunstancias de paso de Luis Marchesi a España, que las imaginamos dentro del ámbito de lo militar, donde es también muy probable que hubiese ejercido como pintor o grabador. Lo que sí creemos es que su carrera militar en España debió de haber comenzado a finales del setecientos, y en todo caso durante el reinado de Carlos IV, pues el catálogo del gabinete de estampas del Museo Municipal de Madrid, enumera un *Retrato alegórico del rey Fernando VII*, que fue inventado y pintado por él en la temprana fecha 1810. Lo que equivale a decir que también debió de haber estado implicado en los lances antifranceses.

Esta dedicación temporal a los pinceles debió de llegar hasta su hijo José María, padre de nuestro biografiado, al que encontramos también enrolado en el arma de caballería y contrayendo segundas nupcias en Madrid, en 1847, con una joven llamada Clementina Butler Arias. Ella era hija de Juan Bautista Butler Keyser (Sevilla 1790 - Madrid 1861), otro laureado militar que llegó a ser director general del ejército en el cuerpo de Intendencia, además de consejero real (1849) y ministro del Tribunal de Cuentas (1857). Había casado en Valladolid, en 1820, con María Rosa de Arias y Gasco prima segunda de la poeta giennense Rosa Butler Mandieta, conocida autora de *La noche y la religión* (1849) y *La creación del mundo* (1883). Al parecer, la joven le había sido confiada a don José María por su padre, compañero de carrera del suyo, cuando a los diecisiete años de edad se encontraba interna en un colegio de La Coruña.



Clementina Butler, segunda esposa y madre

Con Clementina Butler, José María, además de a nuestro biografiado, tuvo otros tres hijos: Luis, José María y Eduardo. Todos fueron también militares. Luis (1854-Madrid, 1914) llegó a general de brigada de Caballería, jefe del escuadrón de Escolta Real y jefe del Regimiento de Cazadores de Lusitania. José María alcanzó el grado de capitán de Caballería del Grupo de Regulares de Ceuta, muriendo en la guerra de África en 1922, concretamente en el llamado combate de Beni-Aros. Por último, Eduardo llegó a ser también comandante de Caballería.

Pero ninguno de ellos parece que llegó a alcanzar la altura de su padre, que a los seis años de edad ya era nombrado paje de Carlos IV, aunque no pudo entrar en posesión de tal distinción a causa de la guerra de la Independencia, que supuso la extinción de la compañía donde servía su progenitor. En medio de aquellos convulsos tiempos, el joven José María, que en 1815 ingresaba en clase de distinguido de

menor edad en la Brigada de Carabineros Reales, recalaría en Madrid, donde haría una gran carrera al servicio de la corona de España, a pesar de que, durante el trienio liberal (1820-1823), luchara contra Fernando VII.



La familia Marchesi Butler hacia 1875.
Gentileza familia García Cabrera

Disuelto el ejército constitucional, el 1 de agosto de 1824 ingresaba otra vez como distinguido en el regimiento de cazadores a caballo de la Guardia Real; siendo promovido a alférez de Caballería en el mes de octubre. Sabemos también que, entre 1833 y 1840, luchó contra los carlistas, y el 24 de mayo de 1837 acompañó al general Diego de León en la acción de Huesca, donde fue herido en un pie, a pesar de lo cual, se dice que peleó con ferviente heroísmo. En premio de su comportamiento fue galardonado con la cruz de primera clase de la Orden de

San Fernando; y el 14 de diciembre obtiene el grado de coronel de Caballería.

Terminada la primera guerra carlista, participó activamente en el pronunciamiento de 1841, conspiración contra el regente Baldomero Espartero para, entre otras cosas, sacar de palacio a la reina niña Isabel II de España y a su hermana Luisa Fernanda, al objeto de que se reunieran en Francia con su madre, María Cristina de Borbón, por aquel entonces exiliada. En la noche del 7 de octubre de 1841 fue atacado el Palacio Real de Madrid, estando Marchesi como jefe de parada, secundando el fracasado pronunciamiento, por lo que fue condenado a muerte, teniendo que refugiarse durante dos años en territorio galo, desde donde regresó en septiembre de 1843, con motivo del comienzo de la regencia de Isabel II.

En 1844 fue nombrado, sucesivamente, comandante general de la provincia de Oviedo, coronel del regimiento de caballería la Reina número 2, y director general de las Reales Caballerizas y de la Armería. En 1851 es promovido al empleo de mariscal de campo y subinspector de Caballería del ejército de Cuba, por lo que hubo de marcharse a la isla, de la que regresó dos años más tarde, siendo entonces destinado a la capitanía general de Cataluña, desempeñando el cargo de gobernador civil de Barcelona. Luego fue nombrado capitán general de Navarra, desarticulando nuevas conspiraciones carlistas, por lo que se le premió con la gran cruz de la Orden de Carlos III.

A partir de 1858, con el regreso de O'Donnell, se le asignó también el mando de las capitanías de Aragón y Castilla la Nueva, el cargo de gobernador capitán general de las Islas Baleares y el



Francisco Marchesi Butler.
Retrato de Adelaida Rivas Matilla.
Colección particular

mando de general en jefe del quinto ejército y distrito en las Provincias Vascongadas, Navarra y Burgos. Ya en 1860 alcanzaría el grado de director general de Caballería, y entre 1865 y 1867 marcha a Puerto Rico como capitán general. A partir de 1875, ya con Alfonso XII, vivirá en Madrid con el cargo de presidente del Consejo Supremo de la Guerra, siendo senador por derecho propio, desde 1877 y hasta su fallecimiento en 1882 como consecuencia de una congestión cerebral. Se sabe que don José María hizo un gran beneficio a la cría caballar en España, participando en la redacción de distintos libros y en varios otros que se escribieron bajo su supervisión².

De todo ello podemos deducir que su hijo Francisco nació durante su estancia madrileña, antes de su partida a Cuba, en que era coronel del regimiento de Caballería de la Reina 2 y director general de las Reales Caballerizas y de la Armería. En la capital de España, el joven adquirió una formación férrea y esmerada que le animó a seguir la carrera paterna y que incluyó el aprendizaje de la pintura. Ignoramos quién fue su maestro más directo, que incluso pudo haber sido su progenitor. Lo que sí sabemos es que por mucho tiempo fue copista de obras del Museo del Prado, lo que sin duda le llevó a adquirir una formación clásica y un buen dominio técnico de los pinceles y el color.

De su actividad como pintor en ese momento solo poseemos un referencia literaria debida a Ossorio y Bernard, que lo incluyó en su singular diccionario de artistas españoles del siglo XIX, exponiendo en la entrada que lleva su nombre la exclusiva noticia de que, en 1874, había ejecutado para el Ateneo de Madrid, un retrato de don Fernando Corradi³. Se refiere a la imagen del célebre político, periodista, escritor e historiador madrileño Fernando Corradi Gómez (Madrid, 1808 – 1885), que ha pasado a la historia mayormente por la publicación de novelas históricas como *El cerco de Zamora por el Rey D. Sancho II de Castilla* (1833), o *Torrijos o las víctimas de Málaga* (1835), y diversos ensayos del tipo *Lecciones de elocuencia forense y parlamentaria* (1843), o *Lecciones de Oratoria* (1882). La fecha de factura del retrato —que no

² Tomo las noticias de la vida de Marchesi Oleaga de su redacción en Internet a través del siguiente enlace: <http://ancienhistories.blogspot.com/2014/07/la-academia-de-caballeria-y-sus.html>

³ OSSORIO Y BERNARD, M.: *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*. Madrid, de. Facsímil, 1975, p. 415.

hemos podido localizar— coincide con la de máxima relación de Corradi con el Ateneo madrileño, y debió de haber sido realizado con destino a su galería de retratos.

Salvo dicha referencia, apenas hemos podido llegar a conocer otros retratos suyos que hoy se conservan en Córdoba en poder de sus descendientes. Como su propio autorretrato, o el de su esposa, que debieron de haber sido ejecutados durante el último cuarto de la decimonónica centuria.

Como ya quedó dicho, don Francisco, al igual que lo habían hecho todos los varones de la familia por generaciones, se inclinó por la carrera militar, entrando en la misma rama que aquellos, llegando a obtener el grado de coronel de Caballería. Pero, sin duda, tuvo una vida menos agitada y belicosa que algunos de ellos. Tampoco sabemos a partir de qué momento exacto se instaló en nuestra ciudad, a la que al parecer vino desde Sevilla. Ni desde cuándo comenzó a frecuentarla. Parece que su traslado fue motivado por sus amoríos con la joven cordobesa Adelaida Rivas Matilla, con la que aquí se casaría, y a la que, al parecer, vio por primera vez durante una representación en el Gran Teatro. Ambos instalaron su domicilio en un antiguo caserón alquilado de la calle Sevilla - hoy convertido en aparcamiento público - donde él vivió jubilado hasta cumplir los setenta y cinco años, falleciendo el 4 de julio de 1925⁴.



Francisco Marchesi Butler
fotografiado con traje militar
hacia 1900

Sea como fuere, y según los estatutos del momento, don Francisco ingresa como numerario en la Real Academia de Córdoba el 5 de no-

⁴ En el *Diario de Córdoba* de 5 de julio de 1925 se puede encontrar una breve referencia necrológica.

viembre de 1904, concretamente en la sección de Nobles Artes, ocupando la vacante producida por el fallecimiento de don Manuel González Guevara. Muy pronto dejará también patente su lealtad, amor y plena dedicación a la misma. Había sido propuesto el 29 de octubre, en cuya acta de sesión se hace constar textualmente «que ha dado excelentes pruebas de ingenio y habilidad en el arte de la pintura», por lo que su destino resultaría estar siempre ligado a este ámbito. Pero muy pronto también hubo de demostrar que su nombramiento no habría sido vano. Tanto es así que, desde el año siguiente, será nombrado su depositario. Por tanto, muy pronto, también, entró a formar parte de su junta rectora, que entonces estaba integrada por Teodomiro Ramírez de Arellano como director, Rafael Pavón Alzate —al que sustituyó pronto Luis Valenzuela y Castillo—, como censor, José López Amo, bibliotecario y Pablo García Fernández, secretario.

Pero don Francisco no quiso sólo que se le reconociese como pintor, sino también como intelectual de las artes. De esta suerte, su discurso de ingreso, producido en el mes de marzo de 1906, versó sobre los pintores españoles del siglo XVII. Y aunque no publicado, al parecer resultó más que brillante. Para su contestación se designó a Rafael Ramírez de Arellano, de cuya intervención destacaría la siguiente frase: «El Sr. Marchesi ha trazado una ojeada histórica de la pintura española del siglo XVII, tan acertadamente, que no deja cabo suelto donde poderme agarrar».

No obstante, su actividad para con la misma, que se prolongaría a lo largo de dos décadas aproximadamente, destacaría especialmente en el campo de la pintura, con la que demostró también su buena voluntad, dedicación y categoría pictórica, quedando fielmente manifiesta a través de los tres importantes retratos que realizó para su galería de personajes célebres, a los que nos vamos a referir brevemente.

El primero de ellos sería el *Retrato de Francisco de Borja Pavón y López*, que realizó en 1905, es decir, apenas llegado a la Academia y al poco del fallecimiento de aquel importante director, que se había producido el 21 de septiembre del año anterior, momentos antes de que él hubiese sido propuesto⁵. Como escribí en otra ocasión, con

⁵ Presenta las siguientes inscripciones: Zona sup. central: «*ILTMO. SR. D. FRANCISCO DE BORJA PAVON*»; Ang. sup. izdo.: «*10 Oct. 1814*»; Mg. sup. dcho.: «*21 Sept. 1904*». —Fdo., ang. inf. dcho.: «*F. Marchesi*».

este retrato del ilustre Pavón, dentro de la galería de la academia cordobesa, se inaugura el tipo de retrato que podríamos considerar propiamente moderno, que habría tenido su antecedente iconográfico en el que había realizado en 1890 Enrique Romero de Torres para la galería de retratos del Ayuntamiento. Fue entregado a la Academia en sesión del 18 de marzo de 1905, en cuya acta se especifica que «los concurrentes vieron con satisfacción el retrato de Pavón pintado por Marchesi»⁶.



Francisco Marchesi Butler. *Retrato de Francisco de Borja Pavón López*.
Real Academia de Córdoba

⁶ PALENCIA CEREZO, José María: «La galería de retratos de la Real Academia de Córdoba (sección pintura)». *BRAC*, 128, 1995, pp. 285-304. En páginas 299 a la 301, las referencias a los cuadros donados por Marchesi. Y también, PALENCIA CEREZO, José María: *La Colección de obras de arte de la Real Academia de Córdoba*. Córdoba, Cajasur, Colección Temas Andaluces, 2002, pp. 42-46.

El segundo fue el *Retrato de Juan Rufo Gutiérrez*, que pinta al año siguiente⁷. Su adquisición, junto a los de Luís María Ramírez de las Casas- Deza, Carlos Ramírez de Arellano y Enrique Vaca de Alfaro, había sido propuesta por la Academia en sesión de 27 de mayo de 1906. Para plasmar la imagen del famoso viajero y escritor cordobés que se había obligado a efigiar, Marchesi utilizó el grabado figurante en la primera edición de *La Austriada*, libro impreso en Madrid en 1584, que lo presenta de busto, y enmarcado en una cartela oval donde se declara que contaba treinta y siete años de edad.



Francisco Marchesi Butler. *Retrato de Juan Rufo Gutiérrez*.
Real Academia de Córdoba

⁷ Inscripciones: en zona sup. izda.: «D. JUAN RUFO GUTIERREZ... NACIO AÑO 1547». En zona lat. izda.: «F. Marchesi/ 1906».



Francisco Marchesi Butler. *Retrato de Manuel Fernández Ruano*.
Real Academia de Córdoba

Finalmente, el último cuadro que a Marchesi le tocó abordar, éste también al año siguiente, fue el *Retrato de Manuel Fernández Ruano*⁸, célebre poeta, escritor de dramas y tertuliano cordobés, que fuera igualmente director de nuestra Academia a partir de 1877, llegando a ostentar, desde 1881 hasta su muerte en 1888, la presidencia del Ateneo Científico y Literario de Córdoba. La obra fue presentada a la corporación en la sesión de 16 de marzo de 1907, cerrando ese ciclo de los años centrales de la primera década del siglo XX, que fueron tan especialmente interesantes para la configuración de su galería de retratos. Como indicamos en su momento, el nombramiento de Fernández Ruano como académico y socio de número de la Sociedad

⁸ Inscripciones: zona inf.: «N.º 28 Abl. 1833 DON MANUEL FEZ. RUANO. + 10 AG.1888/ ACADEMICO DE NUMERO». Fdo., zona inf. izda.: «F. MARCHESI».

Económica cordobesa, acaeció el 31 de mayo de 1860, y consta en el folio 213 del Libro I de Académicos. Para su realización, Marchesi debió de inspirarse en alguna fotografía del representado.

Por último, el número de obras de Francisco Marchesi que conserva nuestra Academia se ha visto recientemente aumentado con la donación, por sus actuales descendientes, representados en la familia García Cabrera, de su pintura titulada *La campana de Huesca*⁹. Se trata de una excelente copia del original, creado en 1880, por José María Casado del Alisal (Villada, Palencia, 1832 – Madrid, 1886), que hoy es propiedad del Museo Nacional del Prado, el cual lo tiene depositado en el Ayuntamiento de Huesca. No sabemos por qué Marchesi se fijó en esta obra entre las varias de debió copiar en el museo madrileño, pero no cabe duda de que pone de manifiesto sus buenas dotes como copista; y, por tanto, en cierta medida también, como pintor. Aunque normalmente, conjugar ambas virtudes, en la teoría, suele finalizar en un ejercicio teórico irresoluble. Lo que no cabe duda es que Marchesi manejaba bien el pincel, pues la obra habla claramente de las virtudes que, al menos en su momento, nuestro biografiado tuvo para realizar copias; evidenciando la opinión unánimemente admitida de que fue mejor como copista que como pintor, de la que, mientras que nuevas obras no vengan a demostrar lo contrario, también participamos.

Vamos a tratar de explicar brevemente el cuadro. Pero antes quiero recordar que Casado del Alisal se había formado en la Escuela Municipal de Dibujo de Palencia, creada en 1838, y luego en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, donde estudió con Federico Madrazo. En 1855 consigue una beca para ir a Roma, en donde confraterniza con Antonio Gisbert y Dióscoro Puebla, con los que siempre mantuvo una estrecha amistad, residiendo en Nápoles, Milán y Venecia. Luego pasa a París, donde a partir de 1861, pinta el lienzo *El juramento de las Cortes de Cádiz*, que presentó en la exposición de 1862 y hoy se encuentra colgado en el hemicycle del Congreso de los Diputados. Obtuvo medalla de primera clase en la Exposición Nacional de 1860 por su cuadro *Últimos momentos de Fernando IV el Emplazado*, en-

⁹ Sobre la donación véase COSANO MOYANO, José: «Cuadro donado por la familia García Cabrera». *BRAC*, 167, 2018, pp. 643-644. Y también, GARCÍA CABRERA, Inmaculada: «Palabras pronunciadas por D^a Inmaculada García Cabrera en el acto de donación a la Real Academia de Córdoba de un óleo sobre lienzo de D. Francisco Marchesi Butler». *BRAC*, 167, 2018, pp. 645-646.

viado desde Italia en 1856, y repitió medalla de igual clase en la Nacional de 1864 con *La rendición de Bailén*, obra recordatoria de la capitulación de los franceses el 22 de julio de 1808. Fue el primer director de la Real Academia de España en Roma, inaugurada oficialmente en enero de 1881, y también miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

La obra, también conocida como *La leyenda del rey monje*, fue enviada por Casado desde Roma para ser presentada en la Nacional de 1881, y está basada en el episodio histórico —mitad real, mitad leyenda— al que ahora aludiremos. Con ella no obtuvo medalla alguna, solo mención honorífica, lo que le llevó a presentar su dimisión como director de la Academia Española de Bellas Artes de Roma. No obstante, en años sucesivos continuó siendo miembro del jurado que otorgaba a los jóvenes aprendices las pensiones para acudir a formarse a la ciudad eterna. Por tal motivo, sus discípulos y amigos, para desagraviar lo que consideraban una afrenta, le obsequiaron con una corona de oro. Finalmente, el Estado le compró el lienzo por 35.000 pesetas.

La escena recoge el supuesto escarmiento dado por Ramiro II de Aragón a los nobles que se habían rebelado contra su autoridad, habiendo plantado Casado el suceso en los sótanos o mazmorras de su palacio, estando el rey acompañado de un fiero mastín. Don Ramiro aparece de pie, erguido y desafiante, extendiendo la mano para dar entrada al dantesco espectáculo. Según la leyenda, con las cabezas de los nobles díscolos, hubo de formar un gigantesco anillo en forma de campana. La cabeza del arzobispo Pedro de Lucría, líder de la conspiración, habría hecho de badajo, colgando de una gruesa cuerda. En la zona derecha de la composición, aparecen los demás nobles de la corte, estos leales, llamados por el rey para contemplar la terrible escena. En la obra, el estilo de Casado conjuga un excelente dibujo con una pincelada rápida, jugosa y precisa, no sólo perceptible en rostros o atuendos, sino también en los elementos más anecdóticos, como el perro o los sillares de la pared, los cuales fueron bastante fielmente conseguidos por nuestro copista.

Aunque hoy ya muy poco conocido por escasamente divulgado, el suceso protagonizado por el rey aragonés formó siempre parte de la conciencia colectiva de los españoles, convirtiéndose en el siglo XIX en motivo destacado para representarlo o historiarlo. Ya Lope de Vega lo había utilizado para dar vida a una de sus comedias. Pero será nada

menos que el polifacético Antonio Cánovas del Castillo el que, en 1852, construya con el relato toda una novela histórica, escrita entonces por un joven malagueño desconocido de veinticuatro años, que estaba llamado a convertirse en el auténtico líder de la restauración monárquica. Y también en autor de una sola obra. Pero a la que algunos críticos han juzgado como una de las mejores novelas históricas del romanticismo español.



José Casado del Alisal. *La campana de Huesca*. Ayuntamiento de Huesca.
Depósito del Museo Nacional del Prado

En ella se concitan dos temáticas básicas: la lucha por el poder que se desata entre la vieja nobleza, y las nuevas capas sociales que reclaman su lugar. Y también la comparación entre el rey «indigno» (Ramiro) y el «indigno» (Berenguer). Las soluciones de ambos problemas confluyen en un final común: Aznar vence a la vieja nobleza, con el auxilio de Berenguer, y éste recibe la corona de un cobarde Ramiro que no había sabido ayudarlo. De manera casi teatral y gracias a un artificioso uso de la luz y del realismo, subyacente bajo las cabezas degolladas —de las que se dice que pidió prestadas a varios hospitales

de Roma—, y los cadáveres amontonados, Casado del Alisal consiguió transmitir magistralmente la idea de la justicia y del poder como una alegoría que encajaba perfectamente con la nueva situación política del país en su restauración borbónica. Según la crítica, la obra de Cánovas estaría inspirada en diferentes relatos de la Antigüedad que pretendían ratificar la autoridad del monarca frente a la aristocracia, y que durante el siglo XIX habrían servido a la sociedad española para diversos propósitos, entre ellos, para ensalzar a una monarquía retornante que habría de imponerse de nuevo en el país.

Sigamos a don Modesto Lafuente para debatir sobre la originalidad del relato, que no la supuesta autenticidad de unos hechos que fueron detenidamente analizados en su *Historia General de España* (Tomo III, pp. 253-255). Según él, el rey envió un mensajero a consultar con el abad del monasterio de Saint Pons de Thomieres para consultarle cómo debía de actuar para tener tranquilo el reino y sumisos a los magnates que le menospreciaban. El buen abad hizo entrar consigo en la huerta del convento al enviado, y a imitación y ejemplo de Tarquino en Roma, fue derribando y descabezando las más altas coles y lozanas plantas que en el huerto había, advirtiéndole que solo contase al rey lo que había presenciado. Ante dicha respuesta, en 1136, don Ramiro convocó a todos los ricos-hombres, caballeros y procuradores de las villas y lugares de Aragón, para que se juntasen en cortes en la ciudad de Huesca, y procedió como el abad había indicado al mensajero respecto a las plantas de la huerta.

Francisco Marchesi Butler hizo sin duda una buena copia del cuadro de Casado, que hoy podemos disfrutar en una Real Academia cordobesa en la que se dio cuenta de su fallecimiento, ocurrido durante el verano de 1925, en su sesión de 10 de octubre. La generosidad que nuestro biografiado mantuvo siempre para con ella, quedaría también patente con la donación a la misma de su biblioteca.

★ ★ ★

La colección «Francisco de Borja Pavón» de la Real Academia de Córdoba nace con la finalidad de recordar a los académicos fallecidos desde su fundación en 1810, y trazar de ellos una semblanza biográfica. El presente volumen, sexto de la colección, atesora el perfil biográfico de otros tantos miembros de esta docta Casa que vivieron y desarrollaron su labor en los siglos XIX, XX y XXI.

Las personalidades académicas –por orden cronológico de nacimiento– a las que se les rinde el homenaje del recuerdo, reconocimiento y gratitud son las siguientes: **José López Amo** (1827-1910), archivero del Ayuntamiento de Córdoba, por Ana Verdú Peral; **Francisco Marchesi Butler** (1850-1925), militar y pintor, por José María Palencia Cerezo; **Juan Díaz del Moral** (1870-1948), notario de Bujalance, por José Luis Casas Sánchez; **Manuel de Sandoval y Cútoli** (1874-1932), aspectos biográficos y literarios, por José María de la Torre García; **Rafael Gracia Boix** (1923-2001), militar, historiador y académico, por Miguel Ventura Gracia; **África Pedraza Molina** (1925-2022), escritora lucentina y académica, por Antonio Cruz Casado; y **Luis Bedmar Encinas** (1932-2021), una vida en la música, por Juan Miguel Moreno Calderón.

Con estos siete académicos en el recuerdo son ya cincuenta y cinco los académicos a los que «su» Academia les ha rescatado del olvido, agradeciéndoles al mismo tiempo sus solicitudes y afanes. Pero también, y sobre todo, les ha querido corresponder a su labor en pro de la cultura de su tierra y de sus gentes... Y al fruto enjundioso y sazonado, sustancial y significativo, que dejaron tras de sí.

